

Proyectos de formación eclesiástica en México (1833-1899)

MARTA EUGENIA GARCÍA UGARTE

Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM
megarcia@unam.mx

Resumen: El artículo da cuenta de las dificultades que enfrentó la Iglesia para mantener un alto nivel académico en la formación del clero secular de México de 1833 a 1899. Para responder a esa situación se promovió la fundación del Colegio Pío Latino Americano en Roma (Píolatino) a fin de formar a los sacerdotes más distinguidos de las diversas diócesis de América Latina con un fuerte espíritu de adhesión al pontífice. A finales del siglo, la decisión de la Santa Sede de privilegiar a los egresados del Píolatino en las promociones al episcopado, mientras se marginaba a los formados en México, minó la unidad de la Iglesia. La competencia, rivalidades y celos entre los formados en México y los formados en Roma, impidió el surgimiento de un liderazgo eclesial nacional que sumara los esfuerzos de todos en una misma línea pastoral en el momento en que los tambores de guerras resonaban de nueva cuenta en el país.

Palabras claves: Seminario conciliar, Promoción episcopal, Clero secular, Educación clerical.

Resumo: O artigo relata as dificuldades enfrentadas pela Igreja para manter um padrão acadêmico elevado na formação do clero secular mexicano entre 1833 e 1899. Para responder a essa situação promoveu-se a fundação do Colégio Pio Latino Americano em Roma (*Píolatino*) para formar os sacerdotes mais ilustres das dioceses na América Latina, com um forte espírito de ligação ao pontífice. No fim do século, a decisão da Santa Sé de dar prioridade aos diplomados no *Píolatino* nas promoções para o episcopado, marginalizando aqueles que se formaram no México, minou a unidade da Igreja. A competição, a rivalidade e a inveja entre aqueles que se formaram no México e em Roma impediu o surgimento de uma liderança nacional da Igreja que congregasse os esforços de todos numa mesma orientação pastoral num momento em que os tambores de guerra ecoavam de novo no país.

Palavras-chave: Seminário conciliar, Promoção episcopal, Clero secular, Educação do Clero.

* Agradezco a Lucía Guadalupe Esquivel Sánchez, estudiante de la maestría en Historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, por ponerme en contacto con los Misioneros Josefinos. Mención especial amerita el padre Salvador Osnaya, Misionero Josefino, quien con generosidad puso a mi disposición material del Archivo Histórico de la Congregación. Sus comentarios sobre el tema y los personajes involucrados en mi historia y sus sugerencias oportunas y adecuadas, me ayudaron a mejorar el trabajo. Mi agradecimiento.

Abstract: The article reports on the difficulties faced by the Church to maintain high academic standards in the formation of the Mexican secular clergy between 1833 and 1899. To face this situation, the founding of *Colegio Pio Latino Americano (Píolatino)* was promoted in Rome in order to educate the most distinguished priests of the dioceses in Latin America with a strong sense of commitment towards the pontiff. At the end of the century, the decision of the Holy See to favor the *Píolatino* graduates in the promotions to the episcopate, while marginalizing those trained in Mexico, undermined the unity of the Church. The competition, rivalry and jealousy among those trained in Mexico and trained in Rome, prevented the emergence of a national leadership of the Church that would assemble the efforts of all in the same pastoral orientation in a time when the war drums were echoing again in the country.

Keywords: Conciliar seminary, Episcopal promotion, Secular clergy, Clerical education.

Durante el siglo XIX, México enfrentó de forma periódica levantamientos armados y guerras civiles. También estuvo sujeto a dos intervenciones extranjeras, la de Estados Unidos de 1846 a 1848 y la de la Francia Imperial de 1862 a 1867. En ese contexto, de guerras intestinas en las que se involucraban laicos, militares, políticos y clero, la formación de los mexicanos sufrió grandes retrocesos. Pero, sobre todo, fueron los eclesiásticos quienes enfrentaron mayores dificultades porque las reformas liberales, de 1833 a 1834, y de 1855 a 1874, tomaron el control de los seminarios o los suprimieron, además de clausurar la universidad pontificia. Lejos se estaba del nivel que habían alcanzado los seminarios conciliares a fines del siglo XVIII. Como dijera Ernesto de la Torre Villar, la Iglesia novohispana sufrió un “hondo viraje intelectual ... en la segunda mitad del siglo XVIII”¹.

Una de las preocupaciones esenciales de los obispos del siglo XVIII, como lo expresó el arzobispo de México Alonso Núñez de Haro y Peralta (1772-1780), era que los candidatos al sacerdocio tenían que tener “las condiciones y cualidades necesarias para desempeñar su ministerio con dignidad”². Esta característica, realizar una selección muy rigurosa de los candidatos a la vida sacerdotal, se sumaba a la practicada por Francisco Fabián y Fuero (1765-1773) de integrar a los seminaristas de Puebla con los jóvenes “surgidos de seminarios y universidades españolas ... bien formados, despiertos, activos ... seleccionados por él”³.

En medio de la persecución de que fue objeto el clero en el siglo XIX las sabias prácticas de una selección rigurosa tanto de los estudiantes como de los maestros se

1 Ernesto de la Torre Villar – Seminario Palafoxiano de Puebla: nómina de maestros y alumnos (1651 y 1770). *Anuario de Historia de la Iglesia*. Pamplona. 15 (2006), p. 239.

2 Alonso Núñez de Haro y Peralta – *Carta Pastoral de 2 de julio de 1777*. Madrid: Imprenta de la hija de Ibarra, 1807. Carmen-José Alejos Grau – Vida cotidiana del clero novohispano en el apogeo de la ilustración colonial. *UkuPacha, Revista de Investigaciones Históricas*. 7:12 (julio 2001), p. 77. Consultado en <http://www.unav.es/ad/userfiles/Cvfiles/files/2714>. Consulta el 30 de mayo de 2012.

3 Ernesto de la Torre Villar – Seminario Palafoxiano de Puebla..., p. 239.

fueron perdiendo. En otro orden, las vocaciones sacerdotales y religiosas disminuyeron de forma notable. Ante la irregularidad de la formación clerical, en 1858, bajo la protección e impulso de Pío IX, se fundó en Roma el Colegio Pío Latino Americano (piolatino). La formación clerical en México adolecía de varios defectos mientras que la impartida en Roma era de alto nivel académico y, sobre todo, formaba en un espíritu de fuerte adhesión al pontífice y las costumbres romanas. Esa desigualdad, y el despliegue de sabiduría y amplitud de relaciones en la Corte pontificia de que hacían gala los egresados del piolatino pronto se tradujeron en rivalidades entre los formados en México y los formados en Roma.

Los celos, envidias y resentimientos se incrementaron por la decisión de la Santa Sede, a finales del siglo XIX, de privilegiar a los egresados del Piolatino en las promociones al episcopado. La marginación del clero formado en México, denominado antiguo por la Santa Sede, y los formados en Roma, indistintamente denominados en México como romanos, piolatinos o plancartistas, según se refiriera a aquellos que habían estudiado en Roma, en el Colegio Pío Latino Americano, o que formaran parte del grupo formado en torno al sobrino del arzobispo de México Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos⁴, José Antonino Plancarte y Labastida⁵, minaron la unidad de la Iglesia y la debilitaron en el momento, inicios del siglo XX, cuando era más fuerte.

El seguimiento de los conflictos clericales y el análisis del impacto que tuvieron las políticas liberales en las instituciones de formación clerical en el siglo XIX son los objetivos de este ensayo.

Objetivos de las reformas liberales

En 1833, dos años después de que hubieran sido nombrados los primeros obispos mexicanos⁶, tuvo lugar el primer proyecto de reforma liberal, que planteaba construir un Estado cuya soberanía no le fuera disputada por ninguna corporación política nacional o internacional. En esos términos, además de los dos decretos que

4 Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, obispo de Puebla de 1855 a 1863, y arzobispo de México de 1863 a 1891, se destacó como un gran defensor de los intereses de la Iglesia. Desde 1863, hasta su muerte el 4 de febrero de 1891, dirigió con mano firme los destinos de la Iglesia. Fue el único periodo en el siglo XIX en que la Iglesia contó con un liderazgo nacional.

5 José Antonio Plancarte y Labastida, sobrino del arzobispo Labastida, en 1856 viajó a Europa con su tío. Estudió en Inglaterra y en el Colegio Pío Latino Americano de Roma. Regresó a México en 1868 y se incorporó a la diócesis de Zamora. En 1882 se trasladó al arzobispado de México en donde radicó hasta su muerte en 1898.

6 En 1831, la Santa Sede nombró los obispos de Linares, Durango, Guadalajara, Michoacán y Puebla. El nombramiento de los obispos de Hermosillo y Yucatán se atrasó por el cambio de gobierno en 1832, que no aceptó las bulas de los individuos seleccionados. Tampoco se nombró al arzobispo de México ni al obispo de Oaxaca, porque ambos estaban vivos y residían en España. Habían abandonado México por decisión propia en 1822 y 1827 respectivamente. Los seis obispos propuestos fueron preconizados en el consistorio del 28 de febrero de 1831. Era la primera vez que Roma nombraba obispos para la que fuera la Nueva España sin que hubieran sido presentados por la Corona Española.

quitaban la coacción civil para el pago del diezmo y el cumplimiento de los votos monásticos, se declaró el patronato nacional, sin autorización de Roma, y se propuso formar ciudadanos con espíritu crítico y racional, libres del fundamentalismo religioso. Con ese propósito se ordenó la clausura de El Colegio de Santa María de todos los Santos (12 de octubre)⁷ y se autorizó al gobierno para arreglar la enseñanza pública en todas sus ramas (19 de octubre). En esa misma fecha, se ordenó la clausura de la Real y Pontificia Universidad de México⁸, se dispuso que los seminarios quedaran sujetos al gobierno⁹, y se estableció una Dirección General de Instrucción Pública para el Distrito y Territorios de la Federación. El 23 de octubre, se decretó la creación de establecimientos de educación pública en el Distrito federal¹⁰. Al día siguiente se decretó la apertura de la Biblioteca Nacional, que se formaría con los libros del Colegio de Todos Santos y de la suprimida Universidad pontificia¹¹.

No se consideró eliminar los fueros y privilegios del clero. Tampoco se tomó medida alguna sobre las propiedades eclesiásticas, ni se declaró la tolerancia religiosa. El proyecto del patronato nacional y el de la reforma educativa eran suficientemente revolucionarios para suscitar la reacción airada de los obispos y los cabildos en sede vacante. Los obispos, como lo esperaba el grupo federalista-liberal, resistieron y combatieron las medidas reformistas con los medios que disponían: las cartas y edictos pastorales.

7 El Colegio de Santa María de todos los Santos fue fundado el 15 de agosto de 1573. El colegio se cerró, en 1829, después de 256 años de vida, y se volvió a abrir en 1831. Por la reforma de 1833 se volvió a cerrar y fue reabierto en 1836. Antonio López de Santa Anna lo suprimió por el decreto del 13 de abril de ese mismo año. Félix Osorio – Historia de todos los colegios de la ciudad de México desde la conquista hasta 1780. In Genaro García – *Documentos inéditos o muy raros para la Historia de México*. México: Editorial Porrúa, 1975, p. 919-920.

8 La Universidad de México fue fundada a instancias del virrey don Antonio de Mendoza y el arzobispo Juan de Zumárraga, a semejanza de la de Salamanca, por Real cédula del príncipe Felipe, el 21 de septiembre de 1551. Su fundación y erección tuvo lugar el 25 de enero de 1553. Cf. José Ignacio Rubio Mañé – *El virreinato IV: obras públicas y educación universitaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 239-247. La Universidad fue suprimida en 1833, 1857, 1861, 1865 y, finalmente, en 1868. *Diccionario Porrúa: historia, biografía y geografía de México*. México: editorial Porrúa, 1995, p. 3635.

9 El Colegio Seminario de México fue erigido el 1º de octubre de 1697. Fue abierto el 18 de ese mismo mes por el arzobispo de México, don Francisco de Aguiar y Seijas. Cf. Pbro. Pedro J. Sánchez – *Historia del Seminario Conciliar de México, 1*. México, D.F., 1931, p. 18-35.

10 Este decreto reorganizaba la enseñanza en “seis establecimientos de instrucción pública”. El de estudios Preparatorios en el convento de San Camilo; Ciencias Físicas y Matemáticas en el Seminario de Minería; Ciencias Médicas en el Convento de Belén; Jurisprudencia en el Colegio de San Ildefonso; Ciencias Eclesiásticas en el antiguo Colegio de Letrán. El patrimonio de la Dirección se integraba con bienes y rentas del clero de diversas fuentes. “Introducción” del Lic. Jesús Castañón Rodríguez, a la edición facsimilar de la *Disertación sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos y sobre la autoridad a que se hallan sujetos en cuanto a su creación, aumento, subsistencia o supresión*. Publicada en 1833. Su autor, un ciudadano de Zacatecas, José María Luis Mora. La edición facsimilar carece de editorial, pero fue impresa en los talleres de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público en 1957, p. IV y V.

11 La reforma educativa se completó con la apertura de varias escuelas normales para señoritas y varones. Se ordenó la apertura de “una escuela primaria anexa a cada parroquia con la obligación de pagar sesenta pesos mensuales a la Dirección de Instrucción Pública en caso de que no hubiera tal escuela”. “Introducción” del Lic. Jesús Castañón Rodríguez a *Disertación sobre la naturaleza...*, p. V.

Los militares aprovecharon la reacción eclesial para expresar su malestar por el decreto del 15 de noviembre de 1833 que abolió el fuero militar, al tiempo que se estimulaba el crecimiento de las milicias cívicas como alternativa al ejército. En ese contexto tuvo lugar la primera revolución que, bajo el lema “religión y fueros” enfrentaba al gobierno de Valentín Gómez Farías. Al regresar a ocupar el poder ejecutivo, el general Antonio López de Santa Anna nombró al obispo de Michoacán, Juan Cayetano Gómez de Portugal, Ministro de Justicia y Negocios Eclesiales. El obispo aceptó el nombramiento, efectuado el 31 de junio de 1834, porque pensó que podría dictar medidas que respetaran la libertad de la Iglesia. Uno de sus actos fundamentales como ministro fue la expedición de la ley del 31 de julio de 1834, que anulaba la reforma educativa¹². Las propuestas del doctor Mora, de quitar al clero su injerencia en la educación y reorganizar los contenidos académicos de la enseñanza universitaria, desechando el método escolástico y anulando los fueros que disfrutaban¹³, tuvieron una duración efímera.

La primera generación de obispos mexicanos logró detener el proyecto reformista de 1833. Ese éxito obligaba a los obispos de la segunda generación, la que empezó a ser designada en 1850, a defender los principios ortodoxos católicos. Con sus cartas, edictos y circulares pastorales pretendían detener la revolución social, política y religiosa liberal. Los liberales, por su parte, estaban interesados en modernizar el país y, también, dispuestos a pagar el coste que implicara. Al triunfar el Plan de Ayutla sobre la última dictadura de Santa Anna en 1855, los involucrados, católicos, conservadores, moderados y liberales, tuvieron claro que si se perdía la guerra, no de las armas, sino la social y cultural, posiblemente pasaría mucho tiempo antes de que se pudiera implantar el proyecto de nación que deseaban. Esa percepción obligó a todos a luchar con pasión y sin concesiones al bando opositor.

El deterioro de la formación de los clérigos y la corrupción de costumbres fue denunciado ante la Santa Sede. En un informe fechado el 4 de junio de 1851, se destacaba que las dificultades y problemas que existían en las parroquias se resolverían: “Si hubiese más esmero en la formación de los clérigos, más rigor en los exámenes, mayor energía en los prelados para obligar a los sacerdotes buenos al desempeño de las Vicarías...”¹⁴. Como corolario, se indicaba la necesidad de reformar el Seminario Conciliar. El documento precisaba dos prácticas que era necesario eliminar: una era la “fatal costumbre de admitir... a toda clase de jóvenes, buenos, malos, y sin distinción alguna, cualquiera que sea la vocación de los jóvenes”. La segunda era evitar la ordenación

12 María de Lourdes Alvarado – La Universidad entre la tradición y el cambio: 1833 en Lourdes Alvarado (Coord.) – *Tradición y reforma en la Universidad de México*. México: Centro de Estudios sobre la Universidad y Miguel Ángel Porrúa, 1994, p. 159.

13 José María Luis Mora – *Obras sueltas*. México: Porrúa, 1963, p. 56-57, citado en María de Lourdes Alvarado – La Universidad entre la tradición y el cambio: 1833. In Lourdes Alvarado (Coord.) – *Tradición y reforma...*, p. 141.

14 Informe del 4 de junio de 1851. Pbro. Pedro J. Sánchez – *Historia del Seminario Conciliar de México*, 1. México: D.F. 1931, p. 542.

de “multitud de viudos, de cincuenta años ... se envilece la dignidad del Sacerdocio, con tantos ancianos cargados de hijos y nietos ...”¹⁵ Se había perdido, como se observa, una de las sabias virtudes practicadas a fines del siglo XVIII: la selección rigurosa de los estudiantes.

El arzobispo de México, Lázaro de la Garza y Ballesteros¹⁶, estaba al tanto del informe por lo que impulsó la formación de nuevas constituciones, en 1852, que fueron proclamadas el 8 de enero de 1853, siendo el rector José de Jesús Díez de Sollano y Dávalos¹⁷. A pesar del empeño del arzobispo, las disposiciones no se cumplían, por lo que giró nuevas instrucciones al rector para que se apegara a una disciplina más rigurosa¹⁸. Por sus debilidades formativas y de disciplina, el seminario conciliar fue fácil presa de la política liberal.

El proyecto liberal, de 1855 a 1874, en sus diversas etapas¹⁹, definió un nuevo perfil para el Estado y despojó a la Iglesia de su tradición social, sus bienes y su inmunidad. Fue entonces cuando se restringió, casi de forma absoluta, la libertad eclesial para participar en la organización de la sociedad mexicana. La reacción de la Iglesia frente al proyecto liberal fue radical lo mismo que la del Estado. La defensa que ambas instituciones hicieron de sus principios, y la percepción que se tuvo de que los vencedores tendrían el campo abierto para establecer el modelo de nación a que aspiraban, uno secular y el otro fundado en los principios católicos, determinaron la violencia del periodo.

Los malestares de la Iglesia se presentaron desde las primeras leyes publicadas por el bando liberal: la de Administración de Justicia y Orgánica de los Tribunales de la Nación, del Distrito y Territorios (25 de noviembre de 1855), de secularización de los bienes de las corporaciones civiles y eclesiásticas (25 de junio de 1856). La apertura del registro civil (27 de enero de 1857), y el decreto sobre obvenciones parroquiales (11 de abril de 1857). Esa serie de decretos dieron lugar a las revoluciones conservadoras que de manera sucesiva fueron teniendo lugar en diversos estados de la República.

El 10 de noviembre de 1856, el claustro de la Universidad nombró como rector al sacerdote José de J. Díez de Sollano y Dávalos. Al año siguiente, el 12 de septiembre

15 Pbro. Pedro J. Sánchez – *Historia del Seminario Conciliar de México...*, p. 546-547.

16 Don Lázaro de la Garza y Ballesteros fue designado obispo de Sonora el 19 de mayo de 1837. Fue trasladado como arzobispo de México el 30 de septiembre de 1850. Falleció el 11 de marzo de 1862, en Barcelona, España.

17 Díez de Sollano obtuvo la licenciatura en Teología el 12 de mayo de 1846 y el 25 de ese mismo mes y año la borla de doctor en la Universidad Pontificia. El 23 de noviembre de 1848 fue nombrado Rector del Ilustre y Nacional Colegio de San Gregorio. El arzobispo Lázaro de la Garza y Ballesteros lo designó Rector del Seminario Conciliar en 1852 y, de nueva cuenta, en 1861. El claustro de doctores de la Universidad Pontificia lo nombró su Rector el 10 de noviembre de 1856. El 19 de marzo de 1863, fue preconizado primer obispo de la diócesis de León, en Guanajuato. Murió el 7 de junio de 1881. Cf. “Prólogo” de Oswaldo Robles, en *José de J. Díez de Sollano y Dávalos, Estudios escogidos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

18 Pbro. Pedro J. Sánchez – *Historia del Seminario Conciliar de México...*, p. 569-570.

19 La reforma liberal tuvo dos etapas. La primera, del triunfo del Plan de Ayutla, en 1855, a 1859. La segunda, de la expedición de las leyes de Reforma en 1859, y los decretos subsecuentes en la década de los sesenta, hasta su elevación a rango constitucional por Sebastián Lerdo de Tejada en 1873-1874.

de 1857, el presidente Ignacio Comonfort decretó la clausura de la universidad. José María Díez de Sollano protestó contra el decreto el 19 de septiembre, el día en que fuera publicado en *El Monitor Republicano*²⁰. El presidente Ignacio Comonfort dio oportunidad para que Díez de Sollano, presentara una contrapropuesta. A pesar del documento presentado el 26 de septiembre, “*Plan para la restauración de la Universidad, que el Rector de la misma propone al Exmo. Sr. Presidente de la República*”, la clausura de la Universidad se sostuvo.

La publicación de la Constitución de 1857 generó otras dificultades, de tipo político en el ámbito gubernamental, que dieron lugar a la ruptura del marco constitucional en enero de 1858, cuando dio inicio la conocida como guerra de Reforma, de 1858 a 1860. En el contexto de la guerra cuando hubo dos gobiernos, uno liberal y otro conservador, el presidente conservador Félix Zuloaga, restableció la Universidad mediante el decreto del 5 de marzo de 1858. Entonces tuvo como rector al mismo José María Díez de Sollano, quien también se desempeñaba como consejero de estado y cura más antiguo del Sagrario Metropolitano. Díez de Sollano y Dávalos fue el último rector de la Universidad. El recinto universitario fue suspendido definitivamente por el decreto del 30 de noviembre de 1868 del gobierno de Benito Juárez.

Durante la guerra de Reforma, mientras la Iglesia apoyaba moral y económicamente al grupo conservador, los liberales formularon el proyecto reformista que transformaría radicalmente la situación de la Iglesia en México y fortalecería al Estado nacional. Con esa claridad, el decreto del 12 de julio de 1859, ordenó la nacionalización de los bienes eclesiales, la independencia de la Iglesia y el Estado, la supresión de las órdenes de los religiosos regulares así como las archicofradías, cofradías, congregaciones o hermandades anexas a las comunidades religiosas, catedrales, parroquias u otra iglesia. Los noviciados fueron cerrados. Además, se estableció el matrimonio civil, se secularizaron los cementerios, se rompieron las relaciones del Estado mexicano con la Santa Sede, y se prohibió a los funcionarios la asistencia a las funciones de la Iglesia. El 4 de diciembre de 1860 se publicó el decreto que establecía la libertad de cultos²¹, y el 22, los liberales vencieron a los conservadores en la batalla de San Miguel Calpulpan, estado de México. La reacción conservadora y católica en la derrota fue inmediata: continuar una guerra de guerrillas e impulsar la intervención extranjera y el establecimiento de la monarquía con un príncipe católico: ese era el medio de vencer al partido liberal.

20 *Manifestación que hace el Dr. José María Díez de Sollano como rector de escuelas de esta capital, de la conducta que ha guardado al extinguirse la Nacional y Pontificia Universidad por decreto del 14 de septiembre de 1857*. México: Imprenta de Andrade y Escalante, 1857, p. 6-7.

21 *Ley sobre libertad de cultos: precedida de la nota con que fue circulada por el Ministerio de Justicia*. México: Imprenta de Vicente García Torre, 1861.

Efectos del liberalismo triunfante

En 1861, el liberalismo triunfante, expulsó a varios obispos²², al delegado apostólico, Luis Clementi, y a los embajadores que habían reconocido al gobierno conservador. José María Díez de Sollano, a quien el arzobispo antes de salir había dejado como responsable del seminario, el secretario de la Mitra, el licenciado Joaquín Primo de Rivera, y el doctor Silvestre Cano, mayordomo del Colegio, hicieron todo lo posible por proteger el seminario conciliar. Sus esfuerzos fueron en vano: las fuerzas triunfantes lo cerraron. Los estudiantes fueron expulsados y el terreno del seminario fue “vendido en pequeños lotes”. Para ubicar a los estudiantes, el señor Díez de Sollano decidió rentar una casa, ubicada en la calle de Jesús No. 2. Eran tan solo 12 alumnos²³. El padre Cano había logrado salvar la Biblioteca y los archivos del rectorado y la mayordomía. También había logrado que el ministro de justicia, el señor Ignacio Ramírez, concediera el ex convento de San Camilo para establecer el seminario. Esa sería la sede del seminario hasta principios del siglo XX²⁴.

Varios seminarios de la República corrieron con la misma suerte. El de Morelia fue uno de los primeros clausurados: en mayo de 1859 el gobernador liberal del estado de Michoacán, el general Epitafio Huerta decreto la extinción del Seminario y la confiscación de todos sus bienes. En Mérida, en 1861, los liberales habían “ocupado el Seminario Conciliar y Curia Eclesiástica, procediendo en todo con violencia”. La Universidad Pontificia de Yucatán, que fuera constituida como tal el 18 de marzo de 1824, gracias a las gestiones del obispo don Pedro Agustín Esteves y Ugarte, se había transformado en el Colegio del Estado. Al efecto, sus 345 alumnos fueron desalojados²⁵.

La diócesis de Puebla sufrió los rigores del liberalismo triunfante en 1867. El obispo, Carlos María Colina y Rubio²⁶, dio cuenta de la pasión con la que los liberales recuperaron y aplicaron todas las leyes que se habían publicado durante los años de la guerra. El decreto del 4 de abril de 1867, renovaba y mandaba cumplir todas las leyes de Reforma. Bajo ese decreto, se sellaron las oficinas eclesiásticas del palacio episcopal de Puebla. Se fortaleció la creación del Registro civil y se privó a la Iglesia de la jurisdicción de los cementerios. También se prohibieron las procesiones religiosas, la salida del

22 Fueron expulsados Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán, Pedro Espinosa, obispo de Guadalajara, Pedro Barajas, obispo de San Luis Potosí, Antonio Zubiría y Escalante, obispo de Durango, Joaquín Fernández de Madrid, obispo in partibus de Tenagra, canónigo del arzobispado de México, y Lázaro de la Garza y Ballesteros, arzobispo de México. Francisco de Paula Vereá, obispo de Linares, no fue expulsado pero “quiso seguir la suerte de sus hermanos”. Cf. Emeterio Valverde Tellez, *Obispo de León – Bio-Bibliografía Eclesiástica Mexicana (1821-1943)*. Tres volúmenes. México: Editorial Jus, 1949, Tomo I, p. 263.

23 *Vilasecanum. Revista de los Misioneros de San José*. 19:33 (2004), p. 17.

24 Pbro. Pedro J. Sánchez – *Historia del Seminario Conciliar de México...*, p. 599-600.

25 Emeterio Valverde Tellez – *Bio-Bibliografía Eclesiástica mexicana...*, tomo I, p. 371-372.

26 El obispo Colina fue preconizado obispo de Chiapas el 7 de abril de 1854. El 19 de marzo de 1863 fue trasladado a la diócesis de Puebla. Por eso, en este texto se reporta la situación que él vivió en Puebla en 1867 y la situación de Chiapas en 1859, antes de ser desterrado del país, en ese mismo año. Emeterio Valverde Tellez – *Bio-Bibliografía Eclesiástica mexicana...*, tomo I, p. 229-232.

viático, el uso de los trajes eclesiásticos y se mandaron exclaustar, en un término de tres días, a todas las religiosas que había en las doce comunidades de la ciudad. Al igual que en México, se procedió a revisar las oficinas eclesiásticas de la catedral, se extinguió el seminario y se ocupó su edificio. El 24 de abril de 1867 se mandó cumplir el decreto del 13 de marzo de 1863, concerniente a los votos monásticos²⁷.

La situación de la formación del clero regular era más grave, si fuera posible, que la de los seculares. Por el decreto del 12 de julio que ordenó la supresión de las órdenes religiosas, los colegios de formación se habían extinguido y los frailes habían sido lanzados a la calle. Por ejemplo, el gobierno se apropió del Colegio de Porta Coeli, de la Orden de Predicadores, y el terreno en que se situaba el edificio, al igual que el seminario de México, fue dividido en lotes para su venta²⁸. En Zacatecas, el gobernador, el general Jesús González Ortega permitió que, en el Colegio Apostólico de Propaganda Fide, de Guadalupe, de la Orden de San Francisco, que pertenecía a la diócesis de Guadalajara, se quedara un sacerdote para celebrar el culto y cuidar los intereses de la casa. Los demás podían salir el 1º de agosto o al día siguiente²⁹.

En San Cristóbal de las Casas, el obispo Carlos María Colina y Rubio estaba sorprendido porque la comunidad de San Francisco había abandonado todas sus posesiones el 31 de agosto de 1859 sin notificarle su decisión. Al día se disolvió la comunidad de los dominicos, aun cuando en este caso el padre Provincial había cuidado de dejar cuatro religiosos encargados de ejercer el gobierno de la comunidad. El 2 de septiembre, de ese año 59, se habían retirado los padres de la Merced, dejando abandonada la Iglesia, el convento y su residencia sin dar conocimiento al obispo de su decisión, al igual que habían hecho los franciscanos. Además, se habían presentado a la autoridad secular para pedir sus pasaportes. Todo, decía el obispo, por la publicación de la ley del 12 de julio de 1859, que había ordenado la secularización de todos los regulares³⁰.

Con su decisión, abandonando todos sus bienes, habían dejado expedito el camino a las autoridades temporales para ocuparlos. El obispo reaccionó quitándoles las licencias que les había concedido, con excepción del religioso que había quedado en Santo Domingo. Como se sabía que los religiosos habían salido rumbo a Guatemala,

27 Carlos María Colina, obispo de Puebla, al presidente de la República, Benito Juárez, el 21 de septiembre de 1867. *Segreteria di Stato – Sezione per i Rapporti con gli Stati. Archivio Storico – Congregazione degli Affari Ecclesiastici Straordinari, Messico, 1883*. Pos. 185, Fasc. 656, año 1867, ff. 73r a 84v. De ahora en adelante S.RR.SS., AA.EE.SS.

28 *Vilasecanum*. [Biografía del P. José María Vilaseca Aguilera]. 19:33 (2004), p. 19.

29 Fray Diego de la Concepción Palomar al obispo de Guadalajara don Pedro Espinosa, comentándole lo ocurrido en el Colegio de Guadalupe. *Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. 4ª Serie. Documentos Varios, Leg. 13, Doc. 44. De ahora en adelante, AHINAH.

30 *Auto contra los Regulares que abandonaron sus conventos y residencias sin conocimiento de la Sagrada Mitra*. Carlos María Colina y Rubio, obispo de Chiapas, San Cristóbal de las Casas a los seis días del mes de septiembre de 1859. Archivo General de la Nación. Archivo Secreto del Vaticano, Carpeta 21, fojas 07147-07152.

enviaría un informe al arzobispo de esa metrópoli y al delegado apostólico Luis Clementi, residente en México.

Como dijera el obispo de Chiapas, la exclaustación de los religiosos, además de dejar disponibles los edificios conventuales para los usos que el gobierno estimara pertinente, le quitó autoridad moral a la Iglesia. Los escándalos de los clérigos y la rapidez con la que se asimilaron a la vida cotidiana secular, a pesar de sus votos, contribuyó a quitarle importancia a las cuestiones sagradas.

La fundación del Colegio Pio Latino Americano en Roma

La situación de la educación clerical en México a mediados del siglo XIX era lamentable. La segunda Reforma liberal cerró la Universidad Pontificia y puso en riesgo los seminarios diocesanos que, con tanto esfuerzo, habían mejorado e impulsado los primeros obispos mexicanos. La reforma liberal, además, había impactado a varios sacerdotes, llamados los padres constitucionalistas, que estaban a favor de los cambios. En ese sentido, parecía que una parte del clero había perdido el rumbo, muchos llevaban una vida desarreglada y la formación en los seminarios había decaído por la fuerza de los acontecimientos. El clero regular perdió honorabilidad y sus carismas parecían perdidos en la memoria del tiempo. Algo se tenía que hacer para de nueva cuenta moralizar la sociedad mexicana, empezando con su clero.

Teniendo en cuenta ese contexto, el jesuita mexicano, José Ildefonso de la Peña, estando en Roma, tuvo la idea de fundar un colegio para el clero latinoamericano. Pero, a pesar de su celo, no logró su propósito. En 1853, el padre mexicano, José Villaredo de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, fue a Roma con el propósito de fundar un Colegio para el clero. Contar con un clero mejor formado era una demanda socialmente extendida en el país, aun cuando todavía no se llevaba a cabo la segunda reforma liberal que modificó radicalmente la situación de la Iglesia en México. El sacerdote chileno, José Ignacio Víctor Eyzaguirre, se entusiasmó con el proyecto de Villaredo y lo tomó por su cuenta, después de la muerte del sacerdote mexicano. El Colegio se inauguró el 21 de diciembre de 1858 con diez estudiantes argentinos, seis colombianos y un peruano. Ellos se inscribirían en la Universidad Gregoriana para realizar sus estudios³¹.

En ese año no había estudiantes mexicanos. ¿Cómo podría haberlos? México estaba en la cúspide de la guerra de Reforma, cuando se enfrentaron los dos grupos

31 El Colegio Romano, de la Compañía de Jesús, fue inaugurado el 23 de febrero de 1551. En 1565 se convirtió en la Universidad Gregoriana. El Colegio nació por la iniciativa de San Ignacio de Loyola, quien "se propuso fundar en Roma un colegio que sería el modelo de la obra educativa de la orden". Para lograr su propósito, "su primer paso fue llamar a Roma al grupo de maestros más sobresalientes de entonces...El siguiente paso fue llamar a Roma a los mejores estudiantes de la orden para inscribirlos en el Colegio Romano, hábil medida con la cual aseguró automáticamente un alto nivel académico". Ernesto Meneses – *El código educativo de la Compañía de Jesús*. México: Universidad Iberoamericana, 1988, p. 15.

políticos que se disputaban el proyecto de nación: los liberales y los conservadores. Es cierto que el obispo de Puebla, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, se encontraba en Roma desde 1856, porque había sido expulsado de su diócesis por su oposición al Decreto del 31 de marzo de ese año que ordenaba la intervención de los bienes eclesiásticos de su diócesis. Se trataba de un castigo al obispo quien había apoyado la revolución de Zacapoaxtla. La reacción de Comonfort es explicable porque la revuelta de Zacapoaxtla, al convocar a varios militares, no solo puso en riesgo al gobierno del Plan de Ayutla sino que dio origen al ejército conservador. Labastida fue el primer obispo mexicano en sufrir el destierro político fuera de su patria. Por la defensa que hizo de los bienes de la Iglesia, digna y firme, se había elevado por encima de las diversas facciones políticas y convertido en un líder, para los conservadores, inconformes con el gobierno liberal, para los obispos, que encontraban en su figura la dignidad moral y respetable que estaban esperando que los dirigiera en tiempos tan difíciles, y para los militares que habían encontrado un político capaz de comprender e impulsar sus proyectos de nación. Constituía una competencia real al poder político liberal.

Sin embargo, durante el año de la fundación del Colegio, en 1858, Labastida fue llamado por el gobierno conservador que controlaba la ciudad de México. Por eso viajó a La Habana, en abril de ese año, y suponía que llegaría a su diócesis en ese año. Pero los liberales, que eran dirigidos por Benito Juárez, controlaban los puertos. Así que no llegó a México. En 1859 salió de La Habana para Nueva York y a final de ese año para Roma, enviado por el nuevo presidente conservador, Miguel Miramón, como ministro plenipotenciario ante la Santa Sede.

Al iniciar su viaje a México en 1858, había pensado que una de sus primeras acciones al regresar a su diócesis sería enviar a Roma a “tres o cuatro jóvenes eclesiásticos ya próximos a ordenarse, de buen talento e instrucción para que se acabaran de formar en sus estudios eclesiásticos y en los idiomas necesarios”. Como no pudo ingresar a su diócesis, le indicó al canónigo Francisco Irigoyen, el gobernador de la Mitra de Puebla, que era preciso que escogiera a dos jóvenes, y si carecían de familia era mejor³², porque su sostenimiento sería más económico. Debería recabar información sobre su talento “y amor decidido al estudio eclesiástico”. Deberían contar con una conducta irreprochable en cuanto lo permitiera “la humana fragilidad”. Como sabía que su cabildo era renuente a gastar, le recuerda, al señor Irigoyen, que los tiempos que les había tocado vivir los obligaba a “reparar y edificar con una mano y tener en la otra el escudo para su defensa”. Que requería juntar 500 pesos por candidato para el viaje. Pero si le hacía falta que no se preocupara, que él pondría lo que fuera necesario³³.

32 Era usual, y lo sigue siendo, que los sacerdotes vivieran con su madre o hermanas. Por eso decía que si no tenían familia saldría más barato su sostenimiento.

33 La carta del obispo Labastida está incompleta y no tiene la fecha. Sin embargo, tuvo que ser escrita aproximadamente en febrero, porque Labastida hace mención a cartas escritas a Irigoyen en diciembre de 1859 y enero de 1860. Archivo Particular de Pelagio

La propuesta de Labastida, de proveer lo que fuera necesario para sostener los estudios de algunos estudiantes poblanos, muestra el interés que tenía en que los clérigos de Puebla comenzaran a ser formados en Roma. Sabía que el cabildo estaba dispuesto a sostenerlo, y que su diócesis proveería para que no le faltara lo necesario. Conocía Labastida que las condiciones económicas de su diócesis no eran favorables. El decreto de intervención y las diversas leyes liberales sobre la propiedad eclesiástica (la de desamortización de 1856 y la de nacionalización de 1859) habían mermado los recursos de la otrora próspera diócesis de Puebla de los Ángeles. Los diezmos tampoco eran pagados con regularidad porque la población civil también estaba afectaba en sus intereses.

En medio de esas dificultades, consideraba el agobio que deberían sentir los canónigos con los préstamos y el pago de las contribuciones. Mayor preocupación tenía con el nuevo compromiso que habían aceptado los obispos, Lázaro de la Garza y Ballesteros (arzobispo de México), Pedro Espinosa (obispo de Guadalajara), Pedro Verea (Obispo de San Luis Potosí) y Ambrosio María Serrano y Rodríguez (párroco de Huejotzingo de la diócesis de Puebla y en 1863 preconizado primer obispo de Chilapa), de hacer un préstamo al gobierno conservador de Miguel Miramón de dos millones de pesos. No sabía cómo iban a cumplir con ese compromiso. Pero, decía, “ya nos contentaremos con que sea el último y que sirviera para hacer algo de provecho a favor del Estado y la Iglesia, pero esto lo veo muy lejos”³⁴.

Es evidente que el gobernador de la Mitra de Puebla no pudo reunir los recursos para enviar dos estudiantes de Puebla a Roma. Los demás obispos, que habían permanecido en México, vivían en una zozobra constante. En esa condición no podían pensar en enviar estudiantes a Roma. Ni, por supuesto, en mejorar sus seminarios. Carecían de recursos frescos porque los fondos eclesiásticos se aplicaban con generosidad al gobierno conservador, primero de Félix Zuloaga en 1858 y, de 1859 a 1860, de Miguel Miramón.

Cuando los obispos mexicanos que habían sido expulsados empezaron a llegar a Roma en 1861³⁵, el proyecto del Colegio Pío Latinoamericano tenía más forma³⁶. Desde el inicio se pensó que debería ser dirigido por los padres jesuitas. Aun cuando el general de la Compañía, el padre Pieter Beckx (1853-1887), no quería asumir el compromiso, bajo la presión de Pío IX aceptó y delegó varios padres españoles. Como director espiritual quedó el padre Andrés Artola, quien más tarde iría a México como

Antonio de Labastida y Dávalos. Resguardado por las Religiosas Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. Sin catalogar. De ahora en adelante, APPALD.

34 *Ibidem*.

35 Aun cuando el arzobispo Lázaro de la Garza y Ballesteros salió de La Habana rumbo a Roma, detuvo su viaje en Barcelona, España, en donde falleció el 11 de abril de 1862.

36 Los datos del Colegio Pío Latino están tomados de Luis Medina Ascencio, S.J. – *Historia del Colegio Pío Latinoamericano, Roma, 1858-1878*. Roma: editorial Jus, 1979.

provincial. A finales de diciembre de 1858 llegó a Roma el padre José Fondá, como rector, y dos hermanos escolares.

Sin embargo, el colegio presentaba varias dificultades, de selección de los estudiantes y de orden administrativo y doméstico. Para solucionar las dificultades, el papa nombró una comisión que fuera integrada por los obispos mexicanos, Labastida, Clemente de Jesús Munguía, Pedro Barajas, Pedro Vereá, Carlos María Colina y Rubio y José María Covarrubias, quien era el vicario capitular del arzobispado de México, además de Alessandro Franchi y José Berardi, de la curia romana, el padre Eyzaguirre y Wlodimiro Ledóchowski, el P. provincial de los jesuitas en Roma y el rector del colegio³⁷. El papa había dado un gran reconocimiento a los obispos mexicanos, como representantes de los intereses de su nación y de las otras de la América latina, incluyendo Brasil. Con esa intervención, los obispos mexicanos se comprometieron con el proyecto. Pero, estando en el extranjero, no podían enviar estudiantes. Tampoco pudieron, en la distancia y ante los problemas que enfrentaba México, resolver la situación de los seminarios en el país.

El primer estudiante mexicano del Pío Latino Americano, que ya radicaba en Europa, con sus propios medios, fue Ignacio Montes de Oca, quien ingresaría en 1860. Una década más tarde, en 1871, fue nombrado obispo de Tamaulipas, una diócesis de nueva erección. Fue el primer egresado del piolatino en ocupar una sede diocesana.

Los obispos mexicanos tenían gran interés en que los mexicanos talentosos se formaran en el Colegio Pío Latino. Todos hicieron esfuerzos notables por enviar estudiantes. Pero fueron Labastida y Clemente de Jesús Munguía los que mayor empeño pusieron para que el proyecto fuera una realidad. Al morir Munguía, en 1869, en Roma, dejó un legado para que estudiantes mexicanos fueran a estudiar al Piolatino.

El arzobispo Labastida, albacea y principal heredero de Munguía, encargó a su sobrino, José Antonio, para que, con los fondos dejados por el primer arzobispo de Michoacán, propiciara que varios jóvenes ingresaran al colegio Romano. José Antonio cumplió con el cometido y en 1876, llevaba 13 alumnos de la diócesis de Zamora. Entre ellos se encontraba José Mora y del Río, Francisco Orozco y Jiménez y Juan Herrera y Piña. Los tres fueron designados obispos a fines del siglo XIX y tuvieron una gran injerencia en los asuntos eclesialicos durante la Revolución mexicana. El arzobispo Labastida, no satisfecho, también enviaba sacerdotes por su cuenta. Él, al igual que Munguía, pero en vida, fue muy generoso con fondos para el colegio. Donó 30,000 liras, una cantidad sólo superada por el presidente conservador de Colombia, Rafael Núñez, quien donara 40,000.

La formación en Roma, era una salida para formar con buen nivel al sacerdote mexicano. Sin embargo, ya en la década de los ochenta, el arzobispo de México

37 El padre Wlodimiro Ledóchowski sería general de la Compañía de Jesús de 1915 a 1942.

quiso obtener la gracia de que su seminario concediera grados mayores en Teología y Derecho Canónico. Como era usual, detrás de la petición del arzobispo de México, se presentó la de Ignacio Arciga, arzobispo de Michoacán, el 25 de mayo de 1883, y la del arzobispo de Guadalajara, Pedro Loza, el 18 de junio de ese mismo año³⁸. No he podido localizar la respuesta de la Santa Sede. Sin embargo, el arzobispo Labastida no se propuso refundar la Universidad Pontificia. Ese será uno de los cometidos de su sucesor, Próspero María Alarcón.

Las propuestas de formación sacerdotal en México de 1867 a 1880

El señor Labastida, el gran gestor del Imperio de Maximiliano, quien regresara al país en 1863, investido como arzobispo y como regente del Imperio, en tanto llegaba el emperador Maximiliano, volvió a salir de México el 5 de febrero de 1867, cuando el último contingente militar francés y el general Aquiles Bazaine abandonaron la ciudad de México y al emperador Maximiliano. Pocos meses más tarde, el 15 de mayo, Maximiliano se rindió en Querétaro ante las fuerzas liberales que comandaba el general Mariano Escobedo. Al margen de los sucesos dramáticos de México, cuando perdieron la vida Maximiliano, y los generales conservadores Miguel Miramón y Tomás Mejía, el segundo destierro del arzobispo Labastida careció de la gloria del efectuado en 1856.

En 1866, antes de salir de México, encomendó al Padre jesuita Mario Cavaglier la reorganización del Seminario³⁹. En diciembre de 1866 los jesuitas asumieron la dirección del seminario: el padre José Soler fue nombrado Vicerrector, Ignacio Velasco, Prefecto del Bachillerato del Colegio Seminario, Francisco Barragán, Prefecto de alumnos del Bachillerato del pequeño Seminario, Antonio Espinosa, prefecto espiritual y el hermano Anselmo Arbelieri, doméstico⁴⁰. Los padres que estaban en el noviciado de San Cosme se trasladaron a San Camilo para dirigir el Seminario Conciliar⁴¹.

Los sacerdotes seculares que dirigían el seminario, desde los tiempos del arzobispo Lázaro de la Garza y Ballesteros no quedaron satisfechos con el cambio. Aun cuando permanecieron en el seminario, protestaron en su momento ante el arzobispo; algunos

38 Segreteria di Stato, Sezione per i Rapporti con gli Stati, Archivio Storico, Congregazione degli Affari Ecclesiastici Straordinari, Messico 1883. Pos. 305, Fasc. 15, ff. 33r a 35v. De ahora en adelante S.RR.SS., AA.EE.SS.

39 Labastida al padre Mario Cavaglier el 21 de septiembre de 1866. Archivo Histórico del Arzobispado de México, Archivo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Fondo Episcopal, Sección Secretaría Arzobispal, Serie Seminario, Caja 33, exp. 65. De ahora en adelante, AHAM. APALD.

40 Los nombrados notifican haber recibido los oficios con sus nombramientos el 1º de enero de 1867. AHAM. APALD. Fondo Episcopal, Sección Secretaría Arzobispal, Serie Seminario, Caja 33, exp. 65.

41 El seminario seguía instalado en el ex convento de San Camilo. El arzobispo y la Compañía habían llegado al siguiente arreglo: permanecerían todos los profesores que estaban enseñando en el seminario. La Compañía tendría a su cuidado la dirección y la vigilancia de las costumbres. El visitador Andrés Artola al general de la Compañía de Jesús en Roma, Pedro Beckx, el 9 de enero de 1867. Eduardo Chávez Sánchez – *La Iglesia de México entre dictaduras, revoluciones y persecuciones*. México: Editorial Porrúa, 1998, p. 641.

entorpecieron la labor de los jesuitas, como Joaquín Arcadio Pagaza⁴², y el que fuera su rector por muchos años, José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos, envió un *Memorandum*, el 28 de septiembre de 1869, en el que trataba los asuntos que, en su opinión, deberían ser discutidos por el concilio Vaticano convocado por Pío IX⁴³. Entre ellos, el de los seminarios mexicanos. El obispo de León defendía el derecho del clero secular a dirigir sus seminarios clericales. Por eso consignó que empezaba a prevalecer la costumbre de dejar los seminarios en manos de los jesuitas o los paulinos, como se había hecho en México, Veracruz y Zacatecas. En México se había entregado a los Jesuitas, a pesar de la petición de sus profesores que señalaban que se trataba de un seminario muy antiguo que había dado excelente resultado administrado por el clero secular⁴⁴. Era una crítica severa al arzobispo Labastida. El documento no tuvo ningún impacto ni en el Concilio, puesto que la materia a debatir era otra, ni en la opinión que la Santa Sede tenía de Labastida. Los jesuitas permanecieron en el Seminario Conciliar hasta la muerte del arzobispo Labastida en 1891.

Después de varias negociaciones con Benito Juárez, porque el decreto de amnistía de 1870 lo excluía por haber sido regente del Imperio, el arzobispo Labastida obtuvo la autorización para regresar a México. Ingresó al país en mayo de 1871. La arquidiócesis estaba en un estado deplorable, después de tantos años de guerras. La secularización de la sociedad mexicana se reflejaba en la falta de vocaciones y la formación del clero seguía siendo deficiente. Aun cuando, es verdad, bajo la dirección de los jesuitas, el seminario conciliar de México, que había logrado sobrevivir, había florecido.

De esa manera, la vieja preocupación por la formación sacerdotal se transformó en una más aguda: era alarmante la falta de sacerdotes. Como dijera el arzobispo Labastida al padre José María Vilaseca Aguilera⁴⁵, la situación era tan grave que había peligro de que el culto católico se perdiera, “porque no hay ni una sola vocación para el estado sacerdotal”. Los que todavía existían, “ya están bastante avanzados de edad y los demás muy enfermos”⁴⁶. La preocupación por su escaso clero, lo condujo a buscar

42 Eduardo Chávez Sánchez – *La Iglesia de México entre dictaduras...*, p. 645.

43 Memorandum del obispo de León. Cf. Luis Ramos (coord.) – *Del Archivo Secreto Vaticano: la Iglesia y el Estado mexicano en el siglo XIX*. México: UNAM, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997, p. 481.

44 La oposición del clero secular a la decisión del arzobispo fue enorme porque se sentían desplazados. Sus protestas se habían enviado a Roma. El argumento esencial que se sostenía en 1866 era el mismo que sostenía Díez de Sollano en 1869: la administración del seminario siempre había estado en manos del clero secular, obteniendo resultados positivos. A pesar de la oposición, la decisión del arzobispo fue apoyada por Roma. Había hecho lo correcto: fue el único colegio seminario que no cerró sus puertas en la coyuntura tan difícil que vivía el país en 1867. Eduardo Chávez Sánchez – *La Iglesia de México entre dictaduras...*, p. 642-643. El *Memorandum* fue firmado en León, el 28 de septiembre de 1869.

45 José María Vilaseca Aguilera, ingreso a la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl a los 16 años. Partió para México en 1852. Llegó a México el 25 de marzo de 1853 y fue recibido en la Casa central de los Misioneros de San Vicente de Paúl, en donde realizó su noviciado. Fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1856 “de manos del arzobispo Lázaro de la Garza y Ballesteros.” Cf. Crescencio Ramírez Piñón, M. J. – *Biografía del P. José María Vilaseca Aguilera*. Vol. 1: *Infancia, y juventud. Ingreso a la Congregación de la Misión. Primeros diez años de sacerdocio*. México, 2002, p. 45 y 159.

46 Ruiz Mónico – *Biografía del P. José María Vilaseca, Fundador de los Institutos Josefinos*. México, 1931, p. 99.

suplir, con sacerdotes extranjeros, las necesidades de la Iglesia. El asunto había sido ventilado en el *Diario Oficial del Gobierno Supremo de la República*. De esa manera, el arzobispo se vio obligado a aclarar que no tenía un espíritu de “extranjerismo”. Pero, ¿qué podía hacer ante el número tan reducido de sacerdotes que no alcanzaban a cubrir las parroquias? El ingreso en el seminario también era a cuenta gotas. “¿Qué culpa tengo de que en uno o dos años falezcan de treinta a cuarenta clérigos y sólo se ordenen tres o cuatro...?”⁴⁷.

El padre Vilaseca, con el apoyo del arzobispo Labastida, llevó a cabo proyectos de gran envergadura. Por una parte, estaban las misiones que realizaban los padres de San Vicente de Paúl a las que el arzobispo otorgó una gran importancia desde su nombramiento como arzobispo de México en 1863. También se interesó, aun estando en el exilio, por la obra de la *Biblioteca Religiosa* que formó el padre Vilaseca en 1869⁴⁸. El proyecto de mayor importancia, que fuera fundamental en la historia del arzobispado de México, fue la fundación de un Colegio clerical. En la propuesta del padre Vilaseca se especificaba que todos los estudiantes serían internos “y todos, sin exceptuar uno solo, tendrá que seguir la carrera eclesiástica”⁴⁹. Una vez que el Ayuntamiento de la ciudad de México dio luz verde para la apertura del establecimiento, la congregación de la Misión, en la sesión del Consejo del 26 de julio de 1872, nombró al padre Vilaseca como su director⁵⁰.

El Colegio se instaló en una casa de la calle del Montón no. 3, que había sido proporcionada por un devoto de San José. Fue inaugurado el 19 de septiembre de 1872, con el nombre: Colegio Clerical del Señor San José. El padre Vilaseca señalaba, en el *Propagador Católico*, que el colegio se había fundado bajo “los auspicios de la Asociación Universal de los devotos josefinos de la República mexicana”. Abrió sus puertas con doce niños, que tenían entre 11 y 14 años de edad. Ellos serían

47 *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 21.

48 El padre Vilaseca también fundó la revista *Josefina El Propagador de la devoción a San José*. Cf. *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 23.

49 *El Sacerdocio Católico* 1 (1872), 113 en *El Propagador* 2 (1872,) en *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 29. La necesidad de separar a los jóvenes que deseaban ser sacerdotes de los que no, se había definido desde finales del siglo XVIII. En 1854 Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán propuso una reforma a la educación impartida en su diócesis. Buscó, en particular, que la educación eclesiástica se separara de la civil que se impartía en el Seminario. Por eso buscó que el gobierno de Santa Anna ratificara la concesión que se había hecho del edificio de la Compañía a la Mitra el 25 de junio de 1775. Al lado del establecimiento eclesiástico se encontraba el Colegio de San Nicolás, como Colegio Civil, abierto de nueva cuenta por el gobierno de Michoacán en 1846. Se deseaba que se constituyera en una verdadera Universidad. Cf. *Memoria sobre el estado que guarda la administración pública de Michoacán, leída al Honorable Congreso por el Secretario del Despacho, en 22 de enero de 1848*. Morelia: Imprenta de I. Arango, 1848. La apertura del Colegio de San Nicolás formaba parte del proceso de transformación de la educación que se había iniciado con la fundación de los Institutos literarios y Científicos de los estados como “los de México, Oaxaca, Guadalajara y Chihuahua (en 1827), Zacatecas (1832) y Coahuila (1838)”. Cf. Dorothy Tanck de Estrada, “Las Cortes de Cádiz y el desarrollo de la educación en México”, en *Historia Mexicana*. 29:113 (julio-septiembre 1919), p. 21.

50 El padre Vilaseca había logrado financiar el Colegio con las donaciones de los devotos de San José y las Hijas de María. Los recursos que proporcionaba el arzobispo Labastida eran una ayuda, pero no podía sustituir lo aportado por los devotos de San José y las Hijas de María.

atendidos por tres estudiantes de Teología de la congregación de la Misión, además del padre Vilaseca.

El mismo año en que nació el Colegio Clerical, en 1872, Sebastián Lerdo de Tejada, el sucesor de Benito Juárez en la presidencia de la República, se vio obligado, por la presión del grupo liberal, a endurecer la política religiosa. La decisión fue elevar a rango constitucional las leyes de reforma. Las disposiciones quedaron registradas en la Ley Orgánica publicada el 14 de diciembre de 1874. Los tres arzobispos que había en el país, dirigidos por el arzobispo Labastida, publicaron una exhortación pastoral colectiva⁵¹, para dar a conocer su opinión sobre Ley Orgánica de las adiciones y reformas constitucionales, de Sebastián Lerdo de Tejada, expedida por el Soberano Congreso Nacional el 10 de diciembre de 1874, y sancionada el 14 de ese mismo mes.

Los arzobispos no formularon ninguna queja, pero manifestaron que quedaban vigentes todas las declaraciones y providencias que había dictado el episcopado sobre las distintas disposiciones liberales que se habían dado desde 1855. En 1874, cuatro eran los principales puntos que habían llamado fuertemente la atención del país: a) "...la prohibición absoluta de toda enseñanza religiosa en la mayor parte de las escuelas y establecimientos de educación que hay en el país. b) ...la multitud de trabas impuestas con tales disposiciones al ejercicio del culto católico. c) ... la prohibición de coleccionar limosnas fuera de los templos, para el sostenimiento del culto y de sus ministros. Por último ... el inmenso mal que van a resentir muchos establecimientos de educación y de caridad, con la supresión de un instituto religioso tan benéfico en todos sentidos, como el de las Hermanas de la Caridad"⁵².

Ante la expulsión de las Hermanas de la Caridad, los arzobispos impulsaron la participación de la mujer en la educación familiar y las obras educativas y caritativas. 300 mexicanas habían tenido que salir del país. Pero quedaban millares de señoras católicas, que podían ayudar a los pobres y desvalidos. Y ellas tendrían que sustituir la labor que realizaban las religiosas, mediante organizaciones. Así, se impulsarían las asociaciones llamadas Conferencias (de San Vicente de Paul) que existían desde hacía tiempo en el país. Con ese espíritu, el arzobispo Labastida, apoyó los distintos proyectos de formación de agrupaciones religiosas femeninas, aun cuando se tenían que fundar con un gran sigilo por la política religiosa seguida durante el gobierno de Lerdo de Tejada. Precisamente, el padre Vilaseca, con el apoyo del arzobispo, fundó el Instituto de las Hijas de María Josefinas en el año de 1872⁵³.

El gobierno no solo expulsó a las Hermanas de la Caridad, consideradas extranjeras. Bajo la acusación de haber violado las leyes de reforma, el presidente, a

51 *Exhortación de los Arzobispos Mexicanos al Clero y a los fieles*. México, 19 de marzo de 1875.

52 *Ibidem*.

53 *Archivo General de los misioneros josefinos*. México. Fondo Fundador. Caja fun05-Ob. Correspondencia recibida de obispos y curias. Folder de Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, arzobispo de México, p. 70.

través del ministerio de gobernación y haciendo uso de las facultades que le concedía el artículo 33 de la Constitución, ordenó la expulsión de la República, “como extranjeros perniciosos” a los jesuitas que dirigían el seminario conciliar, a otros sacerdotes y al padre José María Vilaseca. Como los eclesiásticos Javier Kelly, José Soler e Ignacio Velasco estaban enfermos, no tendría efecto la disposición de forma inmediata. Cuando se restablecieran saldrían del país.

Varios sacerdotes fueron apresados el 20 de mayo de 1873, y otros al día siguiente. Los apresados informaron lo acontecido al presidente Lerdo de Tejada, el 22 de mayo de 1873. Señalaron que estaban en la cárcel de la Diputación, que no habían sido consignados a ningún juez y desconocían la causa legal de su prisión. De forma respetuosa, solicitaron al presidente una explicación sobre los motivos de su encarcelamiento, respeto por su derecho a la defensa y que formalmente se les consignara al juez competente. Aseguraban que ninguno de los firmantes habían violado las Leyes de reforma. Entre los firmantes se encontraba el padre Vilaseca y algunos de los jesuitas⁵⁴. A pesar de las protestas y las gestiones del arzobispo Labastida, el 19 de agosto de 1873, la Suprema Corte de Justicia confirmó el destierro decretado por el presidente.

La situación de los jesuitas había cambiado drásticamente. Tan solo un año antes, en enero de 1872, el padre Andrés Artola señalaba, que la administración de los jesuitas había dado frutos. En ninguna otra diócesis había tantos alumnos como en el Seminario de México y “todo está bien ordenado”. Sin embargo, el decreto de expulsión fue terrible porque “de 45 jesuitas, 24 habían venido del extranjero y los restantes 21, mexicanos de nacimiento, eran en su mayoría estudiantes. Con la mayoría de jesuitas fuera del país, incluyendo al padre Andrés Artola, la situación del seminario desmejoró.

Ante la situación del seminario conciliar, por la expulsión de los jesuitas, el Colegio Clerical de San José era una esperanza para el arzobispo Labastida. Más aún, porque el impacto de la reforma religiosa de Lerdo de Tejada fue más leve en el Colegio clerical de Señor San José. Cuando el padre Vilaseca fue expulsado del país, el Visitador de la congregación nombró como responsable del clerical de México al padre Domingo Ortiz, quien era el director del Colegio de Puebla. El nuevo visitador de la congregación, Agustín Torres, cuestionó la metodología que se seguía en el Colegio Clerical Josefino, por considerarla demasiado rigurosa e inadecuada. Sin embargo, el misionero que había tomado la dirección del Colegio al momento de la expulsión del padre Vilaseca, el padre Domingo Ortiz, expresó al superior general, en 1875, su opinión sobre la situación del colegio:

54 José María Vilaseca y otros sacerdotes a Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de México, el 22 de mayo de 1873; original, AGN, Sección Gobernación, 2a. Sección, Ordenes y Comunidades, Caja 41, Folder 3, f. 40 rv. Archivo Josefino, No. 94 Mayo 230 S. 2a.L.

“El Colegio clerical existe milagrosamente a pesar de las contradicciones, aun de nuestros mismos padres; a pesar de las persecuciones directas o indirectas, generales y particulares del gobierno, a pesar de la mala voluntad de los malvados y los impíos, y no obstante que casi se ha convertido en el blanco de toda esa banda de hombres sin religión, tanto de la ciudad como de los estados”⁵⁵.

En 1875, según informaba el padre Domingo Ortiz, el clerical Josefino contaba con 80 alumnos provenientes de todos los rincones del país. Su devoción, piedad y recogimiento era la admiración de los señores curas. Pero, entre todos “el señor arzobispo tiene sus delicias con estos jóvenes, como dice: ellos le proporcionan consuelo”⁵⁶. Destacaba que el éxito del colegio descansaba en la disciplina que se había establecido desde el primer día. Es decir, la que había propuesto y aplicado el padre Vilaseca. Algunos de los alumnos del colegio Josefino ingresarían al clero secular de la arquidiócesis pero otros ingresarían con los paulinos. De ahí que las reformas que proponía el padre Torres, no eran adecuadas. El informe del padre Ortiz y otros misioneros paulinos, fueron determinantes para que el padre Vilaseca, al regresar al país, siguiera con la dirección del Colegio⁵⁷.

El Colegio clerical del Señor San José fue dirigido por el padre Vilaseca, como misionero de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl, de 1872 a 1877. En 1877, en medio de una crisis institucional de la Congregación de la Misión, los misioneros abandonaron el Colegio Clerical el 25 de enero, a la mitad del curso escolar, sin explicación alguna para su director el padre Vilaseca⁵⁸. Los alumnos, más de cien, como explicara el padre Vilaseca el 25 de enero de 1897, en una plática a las hermanas Josefinas, se habían quedado “sin catedráticos, sin maestros, sin celadores”. La sorpresa y la angustia del padre Vilaseca tuvieron que ser enormes. Sin embargo, de inmediato fue a entrevistarse con el arzobispo Labastida para darle cuenta de la situación y lo dispuesto por el superior de los paulinos. Sin dudarlo, el arzobispo le dijo: “Padre Vilaseca, es voluntad de Dios que usted siga la obra comenzada. Sepárese usted de los Paulinos. Ni usted ni yo hemos faltado”. En ese mismo momento, dijo el padre Vilaseca, “que me separé de los padres Paulinos, en ese mismo momento pronuncié los votos del Instituto Josefino”⁵⁹. Sin duda, tuvo que reorganizar las actividades de formación, y resolver la contratación de maestros.

55 Carta del padre Ortiz al Superior general, el 28 de abril de 1875, en *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 59.

56 *Ibidem*, p. 59.

57 En 1876, Pío IX en su encíclica *Aeterni Patris*, dio un fuerte impulso a la educación eclesial orientándola al pensamiento de Santo Tomás de Aquino. En el seminario Conciliar, el padre Manuel Solé imprimió la nueva lógica formativa. En 1878, bajo la administración del general Porfirio Díaz, el padre José Soler S.J. regresó a México y asumió la rectoría del seminario.

58 *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 78.

59 Archivo General de los Misioneros Josefinos, José María Vilaseca, *Plática a las hermanas Josefinas* el 25 de enero de 1897, en *Pláticas a H.J.*, t. 155, p. 25. En *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 79. El padre Vilaseca fue admitido como domiciliado del arzobispado de México con el título de misionero el 6 de agosto de 1877.

En su visita *Ad Limina*, firmada en 1877, el arzobispo Labastida dio cuenta del colegio clerical de San José, que dirigía el padre Vilaseca. Entonces había más de 100 alumnos⁶⁰.

El Colegio salió fortalecido de la crisis. Con libertad plena, y con el apoyo del arzobispo Labastida, se introdujeron mejoras académicas y la formación impartida fue similar a la del Colegio Pio Latino Americano. Fue comparado, en esta época, con los mejores seminarios de Europa. Como resultado, el número de sus estudiantes se incrementó y los más aventajados habían “anunciado ya diferentes veces la Palabra de Dios”⁶¹.

El padre Vilaseca dividió la formación en dos ramas: los que iban a dedicarse a las misiones y los que se concentrarían en la cura pastoral. La distinción entre unos y otros no fue muy clara al inicio. En julio de 1877 reunió a los estudiantes “a los que deseaban ser misioneros para hacer ejercicios espirituales, en los que les explicó las reglas del Instituto”, el de los misioneros josefinos que iba a fundar. En 1880, ya se notaba más la distinción entre los dos grupos, “pues tenían algunas prácticas por separado”. En enero de 1884, había dos egresos: los que se ordenarían a *título administrationis* para el servicio de las diócesis, y los que lo harían a *título missionis*, como misioneros⁶².

Ante la separación, en función del servicio que prestarían a la Iglesia, en mayo de 1884, el padre Vilaseca situó a los que deseaban ser misioneros en el convento de San Joaquín. Pero la experiencia no dio resultado y los alumnos regresaron al convento de la Concepción, las instalaciones del Colegio Clerical del señor san José. Sin embargo, era claro que en el Colegio Clerical se atendían dos seminarios, uno de orden secular y otro de orden misionera. El arzobispo conoció la situación y se presentó al Colegio Clerical, el 21 de marzo de 1884, el día de su nacimiento, para celebrar ordenaciones. En las palabras que dirigió a los alumnos con ese motivo, había señalado, reportó el padre Vilaseca, las dos ramas o destinos finales del Colegio: el de las misiones y el de las parroquias. Pidió que todos reconocieran, con agradecimiento, la formación recibida, y que todos, tanto los destinados a las misiones como a las parroquias, estuvieran unidos⁶³.

Un año más tarde, el arzobispo Labastida entregó la dirección del Colegio Clerical a su sobrino José Antonio Plancarte y Labastida. Los misioneros Josefinos, con gran apertura, relatan el acontecimiento señalando que el arzobispo dividió las dos ramas en dos Colegios diferentes: el de san José, que formaría a los curas de almas, que dirigiría su sobrino, y el que establecería el padre Vilaseca para formar a los

60 *Visita ad Limina del arzobispo Pelagio Antonio Labastida*. México, 30 de noviembre de 1877. ASV. Sagrada Congregación Concilii Relationes. *Visita Ad Limina*, Mex. 520, s.n.f., en Eduardo Eduardo Chávez Sánchez – *La Iglesia de México entre dictaduras...*, p. 710.

61 José María Vilaseca – *El Colegio Clerical del Señor san José después de los exámenes*. México, 1 de agosto de 1877; artículo publicado en *El Sacerdocio Católico* 6 (1877) 13-15, en *El Propagador* 7 (1877), en *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 87-88.

62 *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 100-101.

63 *Ibidem*, p. 106-107.

misioneros josefinos. Los que dirigiría el padre Plancarte, se quedarían en el edificio de la Concepción, y los segundos se situarían “en el edificio de las Hermanas de la Caridad que ocupa el Colegio Preparatorio del Señor San José”. Tal decisión, fue dada a conocer por el arzobispo en su decreto del 8 de agosto de 1885⁶⁴.

Se argumentaron varias razones para quitar al padre Vilaseca la dirección del Colegio Clerical que él había fundado. Entre otras, inconformidad de algunos maestros y algunos alumnos. Pero en realidad, como anotó el padre Vilaseca el 31 de agosto de 1885:

“Desde el primero de mes (agosto de 1885) fue todo un puro barullo, y una continuada revolución, que fue comenzada, seguida y concluida por el presbítero Don Antonio Plancarte, sobrino del señor Arzobispo, y del todo autorizado por él; presbítero Licenciado Don Dionisio Castillo, que fue el traidor que sacó la cara; presbítero Don Mateo Palazuelos, catedrático de cánones y moral; presbítero Don Benito Retolaza, catedrático de filosofía, francés, etc.; presbítero Don Domingo Macías, catedrático; presbítero doctor Paredes y presbítero Vicente Gaitán. De esa junta salió la destrucción del Clerical, apoderarse de todas mis cosas, hasta de mi biblioteca y de los ornamentos ... me quitaron la asociación de México, me quitaron la casa, y me obligaron a pagar 340,000 pesos por el alquiler de la casa de las Josefinas, y de El Colegio Preparatorio, que se convirtió en la cuna de los misioneros”⁶⁵.

Stafford Poole indica que tanto el arzobispo, como su sobrino José Antonio, desde 1883 tenían el proyecto de fundir todos los Colegios clericales en uno solo⁶⁶, que estaría bajo la dirección de José Antonio⁶⁷. De acuerdo con este proyecto, los estudiantes de las tres instituciones educativas, el de San José, el seminario conciliar, que estaba en San Camilo, y el auxiliar de nuestra Señora de Guadalupe, de los paulinos, serían atendidos en el Colegio de San Joaquín, que había sido fundado en 1884. Sin duda, el seminario conciliar se negó a la fusión. Ante la reacción, y para quebrar la voluntad de su clero, el arzobispo ordenó que todo el que quisiera ser sacerdote debería ingresar en San Joaquín y no en San Camilo. De esa manera cortaba el ingreso de estudiantes al seminario conciliar y fortalecía el colegio de San Joaquín.

El Padre Vilaseca no se pudo oponer a la escalada organizada para quitarle la dirección del Colegio Clerical del señor San José. Sin duda, le causó un profundo

64 *Ibidem*, p. 108-109.

65 Vilaseca, *Libro de cuentas del Colegio Clerical, 1880-1890*, p. 62. AGMJ, Fun-13-CCI, en *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 129-130.

66 C. M. Stafford Poole – *The Guadalupe Controversies in Mexico*. USA: Stanford University Press, 2006.

67 José Antonio Plancarte y Labastida había abierto el Colegio de San Luis Gonzaga para varones y el de la Purísima Concepción para mujeres en Jacona, diócesis de Zamora. El obispo de Zamora, José María Cázares y Martínez, lo designó párroco de Jacona. Sin embargo, las dificultades que se suscitaron con una de las estudiantes del colegio de mujeres, asunto entreverado con la fundación que hizo el padre Plancarte de la congregación de Hijas de Santa María de Guadalupe, llevaron al obispo a cesarlo como párroco de Jacona en 1882. Cuando el padre Plancarte se fue para México, a refugiarse con el arzobispo Labastida, José Mora y del Río se quedó a cargo del Colegio de San Luis Gonzaga. En 1887, ambos colegios cerraron sus puertas. Los alumnos varones pasaron al Colegio clerical de San Joaquín.

dolor. Pero, con obediencia, el 20 de agosto de 1885 hizo entrega material y formal del establecimiento. El padre Plancarte recibió el nombramiento oficial de rector el 12 de septiembre de ese año. En ese momento, desapareció el clerical de San José y los estudiantes fueron incorporados al de San Joaquín, que estaba cerca de Tacuba⁶⁸. También desapareció el Seminario de Santa María de Guadalupe, que había sido abierto por los Vicentinos al separarse del clerical del señor San José en 1877.

No se podía negar que El Colegio clerical de señor san José, había dado muchas vocaciones al arzobispado y muchos de sus egresados habían pasado al Colegio Pío Latinoamericano de Roma. Al regresar, bien formados, empezaron a fungir como formadores. Varios de ellos fueron designados obispos. Ese fue el caso de Leopoldo Ruiz y Flores y de Emeterio Valverde y Téllez. Antonio Paredes, también escolar del clerical de San José y del píolatino, no obtuvo su nombramiento de arzobispo de México, por las intrigas de sus pares plancartistas, pero también tuvo un desempeño notable.

Una vez que José Antonio empezó a dirigir el colegio de San Joaquín, la disciplina se transformó y se trató de quebrar las lealtades de los alumnos a la antigua administración. Como dijera José Antonio a su sobrino Francisco Plancarte y Navarrete, en octubre de 1885, “Poco a poco estoy expurgando al Clerical, y metiéndolos en cintura”⁶⁹.

Ante el cambio, algunos estudiantes prefirieron pasarse al seminario Conciliar. Algunos de los maestros que habían propiciado la salida del padre Vilaseca del clerical, se separaron más tarde del Colegio de San Joaquín y dieron satisfacción muy cumplida al padre Vilaseca. Otros, como el P. José María Malo, le dijo al padre Plancarte, antes de salir para Italia en julio de 1886, que era preciso atender más al colegio “que se le quitó al p. Vilaseca para mejorarlo y va de mal en peor”⁷⁰.

El arzobispo, en la predilección por su sobrino, parecía luchar contra dos de sus obras más preciadas, el Colegio Clerical, que dirigía el padre Vilaseca, y el Seminario Conciliar, que dirigían los jesuitas. El resultado no podía ser positivo. Ya en tiempos de su sucesor, en 1892, Filipo Sotovin, rector del Colegio Pío Latino Americano, comentaba al cardenal Secretario de Estado, que el seminario de México en el último tiempo del señor Labastida no funcionaba bien. Aclaraba que, “el señor Labastida había tenido muchas dificultades de reformar el seminario por la oposición de su cabildo”⁷¹.

Cambio generacional en las promociones al episcopado

En la década de los ochenta varios egresados del Pío Latinoamericano regresaron a México. El arzobispo Labastida, así como sus pares en la República, los colocaba

68 Emeterio Valverde Tellez – *Bio-Bibliografía Eclesiástica mexicana...*, tomo I, p. 122.

69 *Vilasecanum*. 19:33 (2004), p. 159.

70 *Ibidem*, p. 160.

71 S.RR.SS. AA.EE.SS. Messico, Pos. 396, fasc. 30, f. 14 r.y v.

como sus secretarios y ayudantes, y en las cátedras del seminario. José Mora y del Río, Antonio Paredes, y Leopoldo Ruiz y Flores, pasaron como sus secretarios. El arzobispo confiaba en ellos. Pero, sobre todos, prefería a su sobrino José Antonio. Confiaba en su inteligencia y en sus dotes administrativas. Esa confianza, y la debilidad, por su cariño, lo llevaron a poner en sus manos tanto la formación del clero, como se ha visto en el inciso anterior, como la remodelación de la Colegiata de Guadalupe, y la recolección de las limosnas para la obra, como paso previo para la coronación de la imagen de la guadalupana. También le confió la organización de su jubileo sacerdotal en 1889. Esas decisiones sembraron molestias y resentimientos en sus dos cabildos, el de la catedral y el de la Colegiata de Guadalupe.

En 1889, cuando el arzobispo Labastida festejó su jubileo sacerdotal, se tenía claro, tanto en México como en Roma, que no se podía confiar en los eclesiásticos formados en México que empezaron a ser denominados como “antiguos”. Se tenía que pasar la estafeta a los formados en Roma. El clero y los obispos, tipificados como antiguos, eran aquellos que estaban apegados a las normas y prácticas de la jerarquía mexicana de mediados de siglo y mantenían una discreta pero firme autonomía frente a la Santa Sede. También fue evidente, desde 1880, que los sacerdotes formados en México, en su mayoría, carecían de las dotes y las virtudes necesarias para ser obispos.

Ante esa pobreza, cada vez más evidente, el arzobispo de México Labastida y Dávalos, desde finales de los setenta afirmaba que no había sacerdotes dignos para ser promovidos al episcopado. En 1889, cuando tuvo que proponer un candidato para la diócesis de Chilapa que quedaba vacante por el traslado del obispo Buenaventura Portillo a Zacatecas, le explicó al cardenal Rampolla que había tenido sumas dificultades y ansiedad de conciencia al proponer los candidatos por “el justo temor de errar en medio de la suma escasez de personas capaces que desempeñen el tremendo cargo episcopal...”⁷². Después de varias consultas con los arzobispos y con algunos obispos de la República, propuso a Ramón Ibarra y González egresado del Pío Latino Americano. Fue el segundo egresado del Pío Latino en ser nombrado obispo.

En 1890, cuando promueve otra reforma territorial de la Iglesia mexicana, a través del obispo de Oaxaca Eulogio Gillow, Labastida reconocía ante la Santa Sede que hacía mucho que él sabía que se tenía que promover la desmembración de varios territorios diocesanos⁷³. Las sedes eran demasiado grandes y había regiones

72 Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos al cardenal Rampolla, el 12 de mayo de 1889. S.RR.SS. AA.EE.SS. Messico, Pos 364, fasc. 30, ff. 47r a 48r.

73 La nueva división territorial aumentaba el número de arquidiócesis a 6. Así, quedaron, la de México, que tenía como sufragáneas a Puebla, Veracruz, Tulancingo, Chilapa y Morelos. La de Guadalajara, con las sufragáneas de Zacatecas, Tepic, Aguascalientes y Colima. Morelia, que tenía como sufragáneas a Zamora, León y Querétaro. Las nuevas arquidiócesis eran: Oaxaca, que tendría como sufragáneas a Yucatán, Chiapas, Tabasco, Tehuantepec. La de Monterrey, que tendría como sufragáneas a San Luis Potosí, Coahuila, Tamaulipas. Chihuahua, tendría como sufragáneas a Durango, Sinaloa, Sonora, Baja California. Más tarde, desapareció Chihuahua y se seleccionó a Durango como sede del arzobispado. Tenía más antigüedad.

que no conocían a su pastor. Pero no lo había propuesto por la falta de clero idóneo. Había pensado que los egresados del Colegio Píolatino podían asumir la dirección de las diócesis. Pero no se había atrevido por su juventud y por temor al disgusto del clero mexicano⁷⁴.

La desmoralización del clero mexicano, una realidad desde la década de los ochenta, se agudizó después de la muerte del arzobispo Labastida en 1891. Nadie tenía el control y los excesos del clero, incluyendo a los obispos, fueron notables. Por los informes recibidos, la Santa Sede tenía poca confianza en el clero formado en México. Como se sabe, los informes que llegan a la Santa Sede muestran diversas caras de la realidad y, algunos, se construyen con el propósito de destruir historias de vida. Los informes, apegados a partidos e intereses, pueden estar muy lejanos de lo que se asienta. La Santa Sede se apoya en la opinión de sus delegados y nuncios para dilucidar la verdad, aun cuando pueden ser parte de los intereses creados. Aun así, es su recurso más valioso. Las dificultades del clero, llevaron a la Santa Sede a indagar la posibilidad de establecer relaciones con México. De esa manera contaría con un representante pontificio en el país.

La romanización de la Iglesia y entronización de los piolatinos en el episcopado mexicano

El arzobispo Labastida murió el 4 de febrero de 1891. Su muerte generó una gran inestabilidad en el episcopado mexicano: había dejado un vacío muy difícil de llenar⁷⁵. La Santa Sede tomó su tiempo para elegir al sucesor de Labastida. La lucha de los diferentes grupos eclesiásticos por imponer su candidato tenía que diluirse. Después de varias consultas fue elegido Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, quien fuera consagrado el 7 de febrero de 1892.

Dos días después de ser consagrado, el nuevo arzobispo canceló las medidas tomadas por Labastida en 1885 respecto a la formación del clero. Ordenó la clausura del clerical de San Joaquín. El 27 de febrero, el canónigo Joaquín Arcadio Pagaza, secretario de Cámara y Gobierno, le indicó al padre Plancarte que, por disposición del arzobispo, todos los alumnos que quedaban en el clerical tendría que ser enviados, los mayores al Seminario Conciliar y los menores el Colegio Preparatorio del señor San José del P. Vilaseca, que estaba situado en San Cosme. Los jesuitas dejaron la dirección del seminario. El canónigo Joaquín Arcadio Pagaza fue nombrado rector.

74 Pelagio Antonio, el 27 de octubre de 1890, al cardenal secretario de estado, Mariano Rampolla. S.RR.SS. AA.EE.SS. Messico, Pos. 362, Fasc. 27. 1890-1891, fojas 42 r. a 43 v.

75 Recorte de periódico, sin referencia, del 10 de abril de 1891, escrito por Manuel Estragués, sacerdote, catedrático del Seminario de Guadalajara. S.RR.SS. AA.EE.SS. Messico Pos. 364, fasc. 30, f. 24r.

José Antonio sabía que al morir su tío, el señor Labastida, perdía su gran baluarte y defensor. Desde agosto de 1891, viajó a Roma para defender los proyectos que tenía a su cargo y que sentía amenazados por la posible elección de Alarcón, que nunca había salido de México “y que abriga antipatías para con el clero europeo”. Sus temores se confirmaron. Así se lo comunicó al Cardenal Rampolla, el 29 de enero de 1892:

“El colegio clerical, planteado completamente a la romana, y con superiores y profesores laureados en el Colegio Pio Latinoamericano, ha sido clausurado torpe y arrebatadamente. Al seminario conciliar se le suprimieron las mejoras que hizo el arzobispo Labastida, y se le introdujo el plan de estudios de la Preparatoria (escuela atea y materialista del gobierno masónico que nos rige) con grave detrimento de la educación eclesial, pues el estudio del latín se reduce a una hora diaria durante dos años; y el de toda la filosofía a ¡un año!, En fin, de seminario conciliar, solo tiene el nombre, pues no hay en él, ni Padre espiritual, ni meditación, ni funciones religiosas, ni moralidad”⁷⁶.

A pesar de la crítica de José Antonio, el arzobispo informó al cardenal Rampolla, el 5 de noviembre de 1894, que había mejorado el edificio del seminario, se había aumentado el número de alumnos y había dado “mayor amplitud a los estudios y dotado con profesores inteligentes, empeñosos y desinteresados...”⁷⁷. Recordó al cardenal Rampolla que desde que había tomado posesión como arzobispo había pedido a la Santa Sede la gracia de abrir una academia pontificia con la facultad de conferir grados. Con ese propósito, había dado amplios poderes al padre José María Vilaseca, quien había ido a Roma en agosto, a fin de que explicara el proyecto.

En esta misiva, el arzobispo reportó la formación de un grupo de clérigos que tenía como única mira: “el engrandecimiento de sus individuos deprimiéndome a mí de una manera solapada por cuantos medios pueden y poniendo en juego para lograrlo las relaciones y prestigio que tienen en Roma, por haber vivido más o menos tiempo en aquella ciudad”⁷⁸. Después de la preocupación del arzobispo Labastida, expresada en 1890, de que posiblemente el nombramiento de los egresados del piolatino como obispos podía generar conflictos con el clero, esta es la primera vez que se habla de la formación de un grupo de clérigos con el propósito del “engrandecimiento de sus individuos”. En 1896 también fueron denunciados por el visitador apostólico Nicolás Averardi. Eran los primeros atisbos. Una vez que los piolatinos fueron nombrados obispos, las denuncias sobre su prepotencia y sus intereses de grupo abundarían.

Mientras el arzobispo Alarcón se preocupaba por la guerra sorda que la hacían los plancartistas y porque la Santa Sede no respondía a su proyecto de establecer una

76 José Antonio Plancarte y Labastida al cardenal Rampolla, el 29 de enero de 1892, desde Tacuba. S.RR.SS. AA.EE.SS. Messico Pos. 396, Messico, 1892-1894, ff 12r a 13r.

77 Próspero María Alarcón al Secretario de Estado de la Santa sede, Cardenal Mariano Rampolla, el 5 de noviembre de 1894. S.RR.SS. AA.EE.SS, México, Pos. 411, fasc. 41, ff. 49r-50r.

78 *Ibidem*.

Academia en el seminario, el nuncio apostólico en los Estados Unidos, Francesco Satolli, envió al señor Matías Romero, enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Estados Unidos, un tratado confidencial que proponía el restablecimiento de las relaciones de México con la Santa Sede. La propuesta fue entregada al señor Romero por el embajador de Francia en Estados Unidos. El Secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, informado del asunto por Matías Romero, le envió una nota diplomática en que asentó, con todo respeto a la política de León XIII, la postura del gobierno mexicano. El documento propuesta, contenía algunas palabras y conceptos,

“... que al gobierno mexicano le será imposible admitir, aun cuando lo quisiera y no estuviese convencido, como lo está, de que la República ha adoptado la mejor solución para todas las dificultades que pueden ocurrir entre la Iglesia y el Estado: a saber, la absoluta independencia entre uno y la otra”⁷⁹.

El general Díaz, de inmediato involucró a su amigo, al arzobispo de Oaxaca, en el asunto. Pero la postura del gobierno mexicano, a pesar de la intervención de Eulogio Gillow, no cambio. Como Gillow dijo al cardenal Rampolla,

“Las circunstancias y las leyes vigentes no le permiten (al presidente) recibir a un Nuncio, ni mandar a Roma un representante oficial: tampoco le es permitido celebrar un concordato propiamente dicho. La sola tentativa levantaría la prensa en su contra y podrá perturbarse la paz en la República”⁸⁰.

De nueva cuenta, el secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal precisó el marco jurídico que en materia religiosa seguía México:

“... de conformidad con el principio constitucional de la independencia entre la Iglesia y el Estado ... no podría ser recibido oficialmente, ni tener relaciones diplomáticas con el gobierno ningún eclesiástico, u otro ministro, como representante del papa en su carácter de jefe de la Iglesia Católica o universal, ni aún tener personalidad como representante de toda la Iglesia mexicana ...”⁸¹.

Se podría recibir al enviado pontificio de manera privada, pero no pública. Por la misma razón, el gobierno no podía enviar un representante cerca de la Santa Sede. La Santa Sede no podía aceptar enviar un nuncio a México sin reconocimiento del gobierno. Sin embargo, en el marco de la independencia entre la Iglesia y el Estado podía enviar un delegado ante el episcopado. Fue así, y ante la situación de la Iglesia en México que presentaba varias aristas, que la Santa Sede decidió enviar un Visitador Apostólico, con carácter meramente religioso. La salida tomada por la Santa Sede fue

79 Ignacio Mariscal a don Matías Romero, 12 de agosto de 1893. S.RR.SS. AA.EE.SS, Messico, 1893-1895, Pos. 413, fasc. 42, ff. 5r a 10v.

80 Eulogio Gillow, al cardenal Rampolla, desde Oaxaca, el 18 de mayo de 1894. S.RR.SS. AA.EE.SS, Messico, 1893-1895, Pos. 413, fasc. 42, ff. 14r a 15bv.

81 Ignacio Mariscal, a Eulogio Gillow, el 21 de septiembre de 1894. S.RR.SS. AA.EE.SS, Messico, 1893-1895, Pos. 413, fasc. 42, ff. 17r a 20v.

recibida con beneplácito por el general Díaz⁸². En 1896, León XIII envió a México a Nicolás Averardi como Visitador Apostólico. Su cometido era atender los asuntos eclesialísticos que estaban pendientes de resolución y preparar la participación de la Iglesia en el Concilio Plenario Latinoamericano⁸³.

El 16 de diciembre de 1895, llegó la deseada autorización del Secretario de la Sagrada Congregación de Estudios para abrir la academia pontificia. La nueva Universidad Pontificia fue inaugurada el 30 de abril de 1896, en la catedral metropolitana y en presencia del Visitador Apostólico, Nicolás Averardi. Eran sus fundadores, Aristeo Aguilar, José Méndez, Francisco Plancarte y Navarrete, Leopoldo Ruiz y Flores, Juan Herrera, Antonio Paredes, Felipe Pineda, Francisco Orozco y Jiménez y Manuel Sole. Confería los grados de Teología y Derecho Canónico. Sin embargo, no tuvo mucha fortuna la Institución que quería recoger los frutos de su antecesora que contara con tanto prestigio. En tiempos de la Revolución dejó de existir. La Universidad Católica de Puebla, que no era otra que el Seminario palafoxiano erigido en Universidad Católica por el arzobispo Ramón Ibarra y González en 1907, tampoco sobrevivió la época de la Revolución.

La aventura educativa de los primeros egresados del Píolatinio no sobrevivió su tiempo. La dedicación de la Iglesia a la educación superior tuvo que esperar al siglo XX y a la recomposición de las congregaciones religiosas que se iniciaría durante el porfiriato. También hay varias congregaciones que se dedican a la educación básica. Las escuelas de primeras letras que funcionaban en las parroquias, fuertemente impulsadas desde 1874, fueron clausuradas durante la Revolución. En la actualidad, algunas parroquias no solo no tienen escuelas sino que tampoco tienen párroco y permanecen cerradas, con excepción de algunas horas del domingo en que algún sacerdote se presenta a celebrar misa. En ese sentido, no se hace trabajo pastoral, ni se imparte la doctrina cristiana. Se ha perdido el sentido de comunidad. Posiblemente la población católica, en algunas regiones, es la más abandonada del país en atención religiosa.

Los seminarios, como informara el padre Vilaseca al cardenal Rampolla en 1899, salvo honrosas excepciones, dejaban mucho que desear. El estado del seminario de México era deplorable desde hacía muchos años. La falta de disciplina y la corrupción de las costumbres eran la causa de tantos escándalos de los sacerdotes. Esperaba el padre Vilaseca que el Concilio Plenario pusiera un remedio a tantos males⁸⁴.

82 Porfirio Díaz a Eulogio Gillow, el 8 de mayo de 1895. S.RR.SS. AA.EE.SS, Messico, 1893-1895, Pos. 413, fasc. 42, f. 65r.

83 El Concilio Plenario Latinoamericano, celebrado en Roma, se efectuó del 28 de mayo al 9 de julio de 1899. Entre las instrucciones de Nicolás Averardi se encontraba la que asentaba que debería impulsar la celebración de concilios provinciales en las diferentes provincias eclesialísticas mexicanas. Este había sido uno de los propósitos de León XIII que había sido rechazado, de forma diplomática, por el arzobispo Labastida y, por su dirección, por el resto de los arzobispos.

84 José María Vilaseca, Superior General de los Misioneros Josefinos, al cardenal Mariano Rampolla, el 19 de marzo de 1899. AGMJ, FUN-11-SS.

Averardi conoció las miserias del clero mexicano. Ese conocimiento, sumado a la simpatía que tuvo por el general Díaz, lo llevaron a considerar que el clero había suscitado, por su inmoralidad, las leyes civiles que le eran contrarias. Comprendo, dijo, “la gran necesidad de una reforma en el clero, el cual, sin exagerar, es sumamente inmoral, indisciplinado, y que, quizá, y sin el quizás, ha también eso dado causa a las negativas leyes civiles, que ahora están en vigor”⁸⁵.

En su agenda estaba la resolución de dos casos sumamente conflictivos: el de José Antonio Plancarte y Labastida, a quien, la Santa Sede le pidió que renunciara al nombramiento de obispo *in partibus* de Constanica, que se le había concedido como Abad de la Basílica de Guadalupe en el año de la coronación de la imagen de la virgen. La renuncia voluntaria a la dignidad episcopal, cuando ya se habían corrido las invitaciones para celebrar la consagración y cuando ya era tratado como Abad mitrado de Guadalupe y Obispo electo de Constanica deprimió profundamente a Plancarte y Labastida y generó una fuerte oposición de los plancartistas⁸⁶.

El otro eclesiástico fue el obispo de Tamaulipas Eduardo Sánchez Camacho quien, de acuerdo con el informe del padre Vilaseca, había declarado que desde sacerdote era masón y trabajaba, con otros, la idea de formar una Iglesia nacional⁸⁷. En este caso, la Santa Sede le pidió su renuncia al obispado. De esa sanción, que lo había dejado en el más completo olvido, —de ahí el nombre de su casa, “Quinta del Olvido”, se quejaría amargamente Sánchez Camacho⁸⁸.

Averardi percibió con claridad las divisiones que estaba creando el grupo piólatino, ya denunciadas por el arzobispo Alarcón. En un memorial que envió al cardenal Mariano Rampolla del Tindaro, el Secretario de Estado de la Santa Sede, el 17 de septiembre de 1896, le informó que los egresados del Pío Latino Americano constituían un grupo compacto aglutinado en torno al Abad de la Basílica de Guadalupe, José Antonio Plancarte y Labastida, y de su sobrino Francisco Plancarte Navarrete. Todos ellos, confiados en los doctorados que tenían, deseaban “dominar a los mismos obispos, despreciando, como hacen, al resto del clero mexicano”⁸⁹.

85 Eduardo Chávez Sánchez — *La Iglesia de México entre dictaduras...*, p. 7.

86 Nicolás Averardi a José Antonio Plancarte y Labastida desde Tacuba el 27 de julio de 1896, avisando que el Secretario de Estado había aceptado su renuncia voluntaria. Archivo General de la Congregación Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. Proceso de canonización del Siervo de Dios José Antonio Plancarte y Labastida. Serie Correspondencia Recibida inédita. Vol. 4. De ahora en adelante, AJAPL.

87 José María Vilaseca, Superior General de los Misioneros Josefinos, al cardenal Mariano Rampolla, el 19 de marzo de 1899. AGMJ, FUN-11-SS.

88 Silvestre de León, Vicario capitular en sede vacante, designado a la muerte del obispo Filemón Fierro y Terán, al Delegado Apostólico, Giuseppe Ridolfi, 8 de diciembre de 1909. El ex obispo Sánchez Camacho murió impenitente el 14 de diciembre de 1920. Archivo Segreto Vaticano. Archivo Nunziatura Apostolica in México. Mons. Ridolfi Giuseppe (1905-1911), Diócesis de Querétaro y Tamaulipas, Busta No. 12, fasc. 36, p. 91.

89 Citado en *La Iglesia en México hacia el Concilio Plenario Latinoamericano (1896-1898)*. Tesis doctoral que presentó en la facultad de Historia Eclesiástica, de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, R. D. Rómulo E. Chávez Sánchez, del Colegio pontificio mexicano. Director R. P. Prof. Giacomo Martina, S.J. Examen 25 de abril de 1986, Roma, 1986, p. 255.

El grupo formado por los plancartistas juzgaba la vida y personas de los clérigos que eran propuestos para obispos y con sus conexiones en Roma, sumamente cuidadas, lograban detener los nombramientos de los no deseados o la aprobación de los deseados.

El visitador Averardi no se equivocaba en esta materia. Los egresados del Pío Latino Americano formaban un grupo fuerte al interior de la Iglesia. Su posición tendió a incrementarse cuando empezaron a ser designados obispos y, más tarde, cuando ocuparon las sedes arzobispales, con excepción de la de Oaxaca. De su intención expresa dio cuenta el padre José María Troncoso, Misionero Josefino, al hablar del obispo Tristchler durante la indagación realizada para designar al arzobispo de México en 1908:

“Del Ilmo. Sr. Tristchler conservo en la memoria un rasgo de su carácter, que prueba su cordura. Hará algo más de diez años que, en una conversación íntima que tuve con él, me manifestó que lo habían invitado los romanos (alumnos del Pío Latino) para que se uniera con ellos al partido que habían formado, para imponerse a los que los expulsaban. En ese entonces, todos, cual más cual menos, exaltadas las pasiones, pecaron por imprudencia. El Ilmo. Sr. Tristchler les contestó, que era enemigo de partidos, y así era que lo dejaran en paz de desempeñando el cargo de padre espiritual que entonces tenía en el seminario de Puebla; y que se dejaran de cosas que más que favorecerles les perjudicaban. Y se lamentó conmigo del mal que estaban ocasionando a los que se educaban en Roma, con ese modo de hablar tan apasionado y ligero”⁹⁰.

Los jóvenes que, a principios del siglo XX, empezaron a ocupar las sedes diocesanas se distinguieron por su sumisión, lealtad y obediencia al papa y por el impulso que dieron al catolicismo social. Aceptaron a los delegados apostólicos porque pensaban, confiados en sus relaciones romanas y en la fortaleza que tenían como grupo, que podían manejar los hilos de la administración pontificia a su favor⁹¹. Sin embargo, los delegados, al reclamar la obediencia y sujeción de los pastores a la agenda romana, lesionaron la libertad de acción de cada uno en su jurisdicción eclesial y reforzaron la ausencia de un liderazgo eclesial nacional que sumara los esfuerzos de todos en una misma línea pastoral.

En 1910, cuando se inició la revolución de Francisco Madero, la Iglesia contaba con 22 diócesis y 8 arzobispados: México, Guadalajara, Morelia, Oaxaca, Puebla, Durango, Linares y Yucatán. De esas 30 sedes, 18 eran ocupadas por egresados del Pío Latino. (Ver cuadro No. 1) Parecía el mejor momento de la Iglesia. Sin embargo, varios

90 Opinión de José Ma. Troncoso M. J. Provisión de la Arquidiócesis de México. Sesión 1114 del 25 de octubre. S.RR.SS. AA.EE.SS, Messico, Año 1908, Pos. 740, Fasc. 126. ff. 34-35.

91 Después de la Visita Apostólica de Nicolás Averardi, 1896-1899, fueron nombrados como Delegados Apostólicos, durante el periodo de estudio de este trabajo, Ricardo Sanz de Samper, 1902-1904, Guiuseppe Ridolfi, 1905-1911, Tommaso Pio Boggiani, 1912-1914. Giovanni Bonzazo, fue designado para el periodo 1915-1921.

factores estaban en contra. Además de la falta de unidad y las divisiones episcopales que minaban desde adentro el proyecto social, los obispos enfrentaron la transformación que había experimentado la mentalidad católica gracias a las políticas liberales y a la difusión protestante y masónica. En otro orden, la enfermedad y vejez de algunos obispos y la falta de moralidad del clero constituían problemáticas de gran trascendencia social. De igual manera, las diferentes posiciones que sostenían los políticos mexicanos, cuando se inició el pontificado de Pío X, habían alterado las relaciones conciliatorias sostenidas por Porfirio Díaz y suscitado un profundo malestar en contra de la jerarquía y el clero. En ese contexto todo era posible.

Cuadro n.º 1. Distribución de los obispos, en 1912, de acuerdo con el lugar donde fueron formados

Arzobispados	Años en que fueron ocupados por un egresado del Pío Latino Americano	Diócesis	Años en que fueron ocupados por un egresado del Pío Latino Americano
México	1908	Veracruz Chilapa Tulancingo Cuernavaca	1895 1901 1898
Guadalajara	1912	Zacatecas Colima Tepic Aguascalientes	1911
Linares	1907	San Luis Potosí Tamaulipas Saltillo	1871 1897
Michoacán	1912	León Querétaro Zamora	1900 1909
Oaxaca		Chiapas Tehuantepec	1902 1891
Durango		Sonora Sinaloa Chihuahua	
Puebla	1902	Huajuapán	1903
Yucatán	1900	Tabasco Campeche	1895